

Aportes foucaultianos al diagnóstico y crítica de la razón ilustrada en tiempos de ultra neoliberalismo

Foucauldian contributions to diagnosis and critique of enlightened reason in times of ultra-neoliberalism

Cristina López*

Universidad Nacional de San Martín

c-lopez@live.com.ar

DOI: 10.5281/zenodo.17238814

Recibido: 15/07/2025

Aceptado: 08/09/2025

Resumen: Con la intención de esbozar los criterios para diseñar una estrategia de resistencia eficaz contra la constante y despiadada difamación a la que gobiernos ultraliberales como el argentino someten al saber científico en todas sus variantes intentando así justificar el total desfinanciamiento de la investigación, en primer lugar, en este trabajo se pondera el rendimiento de las herramientas de diagnóstico y crítica elaboradas por Michel Foucault, en segundo lugar y sobre la base de sus arqueogenealogías se procura establecer la procedencia y alcances del “régimen veridiccional” en vigencia y, finalmente se intenta identificar algunas de aquellas indagaciones que, en nuestros ámbitos, pueden operar como “contra ciencias” capaces de poner en crisis o, en el extremo, impugnar tal régimen.

Abstract: With the intention of outlining the criteria for designing an effective resistance strategy against the constant and ruthless defamation to which ultra-liberal governments such as the Argentine one subject scientific knowledge in all its forms, thus trying to justify the total defunding of research, firstly this article considers the performance of the diagnostic and critical tools developed by Michel Foucault; secondly on the basis of his archeo-genealogies, it attempts to establish the origin and scope of the « veridictional regime » in force and, finally, it attempts to identify some of those inquiries that, in our field, can operate as « counter-sciences » capable of putting into crisis or, in the extreme, challenging such a regime.

Palabras clave: diagnóstico, crítica, veridicción, economicismo, contra-ciencia.

Keywords: Diagnosis, Critique, Veridiction, Economics, Counter-Science.

* Doctora en Filosofía, docente e investigadora de la Universidad Nacional de San Martín. Autora de artículos sobre el pensamiento de Michel Foucault entre los que se cuenta “Arqueo-genealogía de la economía política. De la crítica Foucaultiana a las gubernamentalidades de ratio economicista” publicado en *Prólogos, Revista de Historia, Política y Sociedad de la Universidad de Luján*, Vol. 18, (2024). Este trabajo forma parte del proyecto de investigación “Crítica de la razón ilustrada en tiempos de ultra neoliberalismo. Una indagación de herramientas de diagnóstico, crítica y emancipación del estado del saber vigente” que, dirigido por la autora, se llevará adelante durante el trienio 2025-2027 en la Universidad Nacional de San Martín.
ORCID: 0000-0001-5424-1895

1. Introducción

Ante la constante y despiadada difamación a la que gobiernos ultraliberales como el argentino someten al saber científico en todas sus variantes intentando así justificar el total desfinanciamiento de planes de estudio y proyectos de investigación básica y aplicada en pos de cumplir un objetivo tan controversial como el consistente en reducir a cero el déficit de las cuentas estatales (Cfr. Strada y Lechter, 2024 y Aronskind, 2024) aunque para ello se tenga que suprimir la propia producción de conocimiento y se la sustituya por los resultados procedentes de la indagación foránea¹, la defensa a ultranza de la razón ilustrada parece imponerse por su propio peso como una eficaz actitud de resistencia a esos embates².

Pero, ¿es ésta efectivamente la mejor estrategia para lidiar contra esta andanada? ¿Basta con blandir los valiosos resultados de nuestros trabajos para ponerle fin? Para revertir esta tendencia ¿Es suficiente atrincherarse al interior de nuestras respectivas ciencias procurando salvaguardar sus procedimientos?

A mi entender, aun cuando se pudiera obtener de ella algún beneficio, esta estrategia nos dejaría a ciegas respecto del dispositivo que ha hecho viable esta diatriba y la pretensión consecuente de invalidar los planteos que devienen de nuestros saberes.

De hecho, desde sus textos más tempranos, un filósofo como Michel Foucault nos ha advertido acerca del potencial revulsivo político-epistemológico que resulta tanto de la elaboración de un diagnóstico que contribuya a esclarecer el estado de situación de los saberes de una época como de un abordaje crítico que ponga en

¹ Al respecto Cfr. Carta dirigida al presidente J. Milei firmada por 68 premios noveles expresando preocupación frente a los recortes del presupuesto destinado al sostenimiento del sistema científico argentino

² Esta posición fue sostenida, con sólida fundamentación, por la Dra. Gabriela Seghezzo en su ponencia acerca de “Neoliberalismo ubuesco y crítica. *Delito y Sociedad*. Revista de Ciencias Sociales, el desafío de una aleturgia científica contra positivista” expuesta durante el Coloquio Internacional: Michel Foucault y el ejercicio de la crítica para la problematización del presente” organizado por el Programa de Estudios Foucaulteanos en noviembre 2024.

consideración la interacción que éstos sostienen con las relaciones de poder, explicita el control y hasta la sujeción que ejercen sobre otros saberes cuya valía buscan anonadar y deslinde los efectos que se siguen de este enjambre de vinculaciones.

De allí que, con la doble pretensión de explorar la pertinencia y rendimiento de las categorías de análisis foucaultianas y, al mismo tiempo, poder aportar “indicadores tácticos” para dotar de mayor contundencia a una estrategia de resistencia a la embestida contra nuestras disciplinas, en lo que sigue, comenzaré por relevar las herramientas diagnóstico y crítica elaboradas por el autor francés, en segundo lugar, me serviré de sus arqueo-genealogías para establecer la procedencia y alcances del “régimen veridiccional” en vigencia y, finalmente, intentaré identificar aquellos enfoques que, en nuestros días, pueden operar como contra-ciencias³ capaces de poner en crisis o, en el extremo, impugnar tal régimen.

2. ¿En qué debe consistir una crítica política del saber? Acerca de los alcances de las herramientas teóricas acuñadas por M. Foucault.

Explícitamente planteada en sus cursos de mediados y fines de la década del 70 (Cfr. Foucault, 1997, pp. 3-20; 2004a, pp. 3-6; 2004b, pp. 29-51), la preocupación del pensador francés por poner en práctica recursos teóricos que dejen al descubierto las potestades de ciertos saberes con pretensión de cientificidad que tanto pueden intentar anonadar a otros enfoques como aliarse con las relaciones de poder del momento ya sea en procura de hacer valer a través de ellas sus propios criterios ya sea proveyéndoles a aquellas de supuestos fundamentos que legitimen sus cometidos puede rastrearse hasta en sus textos de los años '60.

Es el caso, por ejemplo, de sus análisis en la *Historia de la locura en la época clásica*. En efecto, en el prefacio incluido en la edición original del texto, nuestro pensador se pronunciaba en favor de renunciar al uso de las verdades terminales de la

³ Debo la sugerencia de emplear la categoría de “contra-ciencia” a la intervención de Senda Sferco en el Coloquio Internacional: “Michel Foucault y el ejercicio de la crítica para la problematización del presente” organizado por el Programa de Estudios Foucaulteanos en noviembre 2024.

psicopatología toda vez que éstas constituyen un monólogo de la razón que busca acallar el lenguaje de la locura (Foucault, 1994a, pp. 159-167). De esta manera, y aun cuando todavía no contaba con categorías de análisis específicas, procuraba poner en cuestión la “voluntad de verdad” de aquella disciplina para la cual toda experiencia de locura sólo puede ser concebida en términos de enfermedad mental. Frente a tamaño avasallamiento, reivindicaba para su proyecto la posibilidad de restituírle a la locura su palabra. De allí que al momento de sintetizar sus intenciones sostuviera que “No he querido hacer la historia de aquel lenguaje; sino más bien la arqueología de ese silencio” (Foucault, 1994a, p. 160). Tampoco le pasó desapercibido en aquel texto la correspondencia entre los planteos de un saber cómo la filosofía y las tecnologías de poder imperantes en una determinada época. A este respecto, basta con leer el inicio del segundo capítulo de esa *Historia...*, para advertir la estrecha solidaridad entre filosofía y prácticas de encierro que nuestro pensador había descubierto al analizar desde una muy incipiente perspectiva arqueo-genealógica la primera meditación metafísica de Descartes (Foucault, 1972, pp. 56-59). En efecto, aunque no está dicho, la diagramación del capítulo titulado “El gran encierro” permite suponer sin forzar la interpretación que, a su juicio, el extraño golpe de fuerza que en la época clásica redujo a silencio a la locura se lo asestó Descartes cuando con una lógica implacable pretendió demostrar que el sujeto que piensa no puede estar loco y así conjurar el peligro de la locura del ejercicio mismo de la razón. De esta suerte, “De allí en adelante la locura quedó exiliada” (Foucault, 1972, p. 58), lo que en la época clásica, implicaba quedar encerrada en esas instituciones denominadas Hospital General.

Similar talante crítico de las pretensiones de “cientificidad” de un saber se aprecia también en el prefacio del *Nacimiento de la clínica* en dónde Foucault refirió -sin tomar partido por ninguna de ellas- dos formas completamente diferentes de observación de los síntomas neurológicos. Aunque menos de cien años las separan no tienen nada en común. De esta manera, nuestro pensador buscaba emplazar históricamente los supuestos hallazgos de una medicina que, según sus investigaciones, debe mucho de sus avances a la conciencia política del valor de la salud de la población desarrollada en los albores de la Revolución francesa cuando los alcances de la medicina y el control del médico no sólo sobre las patologías sino también sobre las estructuras sociales demandó “... la definición de un estatuto político de la medicina y la constitución, a escala de Estado, de una conciencia

médica...” (Foucault, 1993, p. 26). A partir de ese momento, la medicina expandió sus funciones hasta desplegar “...una tarea constante de información, de control y de coacción; todas cosas que ‘incluyen tantos objetos relativos a la policía’...” (Foucault, 1993, p. 26). Según esto, no fue debido a una suerte de evolución autónoma sino por mor de una inquietud política que la medicina adquirió todas esas incumbencias y el médico llegó a convertirse en un funcionario de Estado con múltiples responsabilidades y amplias facultades.

En suma, tanto estas precisiones del *Nacimiento de la clínica* como aquellas de la *Historia de la locura...* dan testimonio de la temprana preocupación del pensador francés por poner en cuestión las potestades y la positividad de las distintas especialidades de la medicina y exponer su interacción con las tecnologías de poder.

No obstante, tal preocupación no parece orientar la arqueología de las ciencias humanas trazada en *Las palabras y las cosas* en dónde su esfuerzo estuvo centrado en establecer el diagnóstico del saber de su presente pero sin hacer ninguna referencia a esa interacción. En efecto, en el texto del '66, para dar cuenta de la conformación de cada una de las epistemes sólo recurrió a argumentos de carácter epistemológico. En el extremo, según sostuvo en aquel texto, la aparición, preeminencia y desaparición de los distintos principios de configuración de la racionalidad de cada época es tan enigmática que no puede ser explicada. En sus palabras, “Para una arqueología del saber, esta apertura profunda en la napa de las continuidades, si debe ser analizada, y minuciosamente, no puede ser ‘explicada’ ni incluso recogida en una única palabra.” (Foucault, 1966, p. 229) Desde este punto de vista, la radicalidad de la óptica desplegada en los textos anteriores parece haber cedido el paso a un enfoque más descriptivo que crítico.

Y, sin embargo, la reiteración de la aplicación del recurso de discontinuidad interpuesto en el texto del '66 en forma explícita le permitió a nuestro autor seguir exponiendo el carácter histórico finito de las configuraciones del saber consideradas, esto es: las epistemes renacentista, clásica y moderna. De esta manera, al igual que en el caso de la psicopatología y de la medicina clínica, ponía en consideración las pretensiones de cientificidad definitiva de los saberes al mismo tiempo que exponía la multiplicidad y diversidad de las experiencias y de las formas de conceptualizarlas. Y aunque pueda parecer un señalamiento menor, no es una crítica liviana confrontar con su fugacidad a disciplinas que se auto conciben como

resultado del progreso en la objetividad y que aspiran a consagrar como irrevocables a sus verdades. De hecho, su planteo acerca de la reciente aparición del hombre y su presunción de su muy próxima desaparición levantaron polvareda tal como lo prueban las reacciones que produjo su texto en un medio cultural como el francés en el que primaban las ciencias humanas y corrientes filosóficas como la fenomenología y el existencialismo (Cfr. Artières y otros (ed.), 2009).

De acuerdo a esa arqueología, la misma fugacidad afecta a otras positivities modernas como la biología, la filología y la economía política. En los tres casos, Foucault se encargó de periodizar la emergencia y detectar al interior de la historia de cada positividad sus transformaciones. En el caso de la biología incluso supo cotejar sus consideraciones en *Las palabras y las cosas* con los hallazgos de la biología molecular que anunciaban el creciente protagonismo de la noción de programa o sistema en remplazo de la de vida (Cfr. Foucault, 1994b, pp. 99-104). En cuanto a la filología, aunque integraba ese grupo de disciplinas compuesto por la literatura, la exégesis, la formalización que, a mediados de los '60, anunciaba la creciente emergencia del protagonismo del lenguaje y con ello el eclipse del hombre, tampoco podía eludir la fugacidad de su destino. En lo que concierne a la economía política, al carecer de una perspectiva y de categorías de análisis que le permitieran detectar la potestad de esta disciplina para imponer su criterio como exclusivo y excluyente “régimen de verdad”, el abordaje arqueológico de *Las palabras y las cosas* se restringió a dar cuenta de su umbral de emergencia histórica y de los desplazamientos internos que, por ejemplo, en los cincuenta años que separaron la publicación de *La riqueza de las naciones* de A. Smith de *Los principios de economía política y fiscalidad* de D. Ricardo, transformaron la concepción del trabajo (Foucault, 1966, p. 265-275).

Así las cosas, la arqueología foucaultiana no parece ser una descripción epistemológica anodina. De hecho, desde los tempranos enfoques de nuestro pensador se advierte que, toda vez que se hace valer la perspectiva discontinua, el enfoque histórico se convierte en una forma de la crítica. En efecto, al situar la emergencia de estos saberes en la episteme moderna, el enfoque arqueológico hace algo más relevante que simplemente historizar puesto que inscribe a esas disciplinas en el marco de un acontecimiento epistemológico que determina sus alcances, sus límites, su vigencia y, relativizando su centralidad, las pone en relación con otras positivities entre las que se cuentan, en el caso de nuestra modernidad, las

ciencias humanas. De esta manera, además de impugnar los supuestos teleológicos según los cuales las transformaciones epistemológicas se conciben en términos de evolución, se circunscribe la vigencia de sus presunciones gnoseológicas, de sus predicciones sobre el porvenir, de sus pretensiones de cientificidad. En otras palabras, el enfoque discontinuo de la historia hace inviable el recurso a los universales epistemológicos y, de esta manera, pone en consideración la objetividad, el estatuto de los saberes y de la verdad que éstos producirían.

Ahora bien, Foucault recién tuvo en claro el estatuto y las potestades de los saberes cuando elaboró su perspectiva de análisis en *La arqueología del saber*. En cuanto al estatuto, analizando los principios de formación y unificación, advirtió que los saberes –en este texto considerados bajo la categoría de discursos- se instituyen como prácticas. En cuanto a sus potestades, precisamente al instituirlos como prácticas, nuestro pensador les reconoció la condición de inscribir en lo real sus objetos, sus modalidades enunciativas, sus conceptos y sus estrategias teóricas. Según esto, ni los objetos, ni los sujetos, ni los conceptos ni la organización conceptual tienen consistencia propia sino que deben su entidad al quehacer de las prácticas discursivas. En otras palabras, los discursos configuran “la realidad”, la moldean a su gusto tanto del lado del objeto como del sujeto. Es por eso que, concebidos arqueológicamente, desde su conformación y no simplemente en sus aplicaciones prácticas, los discursos plantean la cuestión del poder, cuestión que no puede sino derivar en una lucha política (Foucault, 1969, p. 158). Con semejante apreciación daba cuenta de aquella cara del poder del que son portadores los saberes toda vez que, o bien, ponen en práctica su capacidad de sojuzgar la multiplicidad de experiencias hasta reducirlas a una única verdad científica como es el caso ya reseñado de la psicopatología, o bien, en el extremo contrario, promueven la de-sujeción como acontece cuando se ejerce una crítica como la arqueológica capaz de explicitar la operatividad de los saberes y delimitar históricamente el alcance de sus postulados. Ello explica por qué los saberes concitan una puja política. No podría ser de otra manera visto que, quienes los detentan, sin duda, están detentando también el poder de, entre otras cosas, delinear los contornos de “la realidad”. Después de todo, como sostuvo un año después de la publicación de *La arqueología del saber*, “... el discurso no es simplemente lo que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello para lo cual, aquello por lo cual se lucha y el poder del cual se quiere adueñar”

(Foucault, 1971, p. 12). Y así, por la vía de estos hallazgos, justo al momento de explicitar su perspectiva arqueológica, Foucault comenzó a advertir la necesidad de ampliar su registro incorporando un enfoque genealógico que abordara la cuestión discursiva “...no desde el punto de vista de las reglas de formación de los conceptos, sino de los objetivos, las estrategias a las cuales obedece y los programas de acción política que sugiere.” (Foucault, 2004a, p. 38).

A principios de los '70, Foucault todavía no tenía clara ni esta diferencia ni la complementación entre ambas perspectivas. Pero ya tenía cabal conciencia de que el poder que el discurso comporta es tal que, en toda sociedad su producción “...está a la vez controlada, seleccionada, organizada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por rol conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio, esquivar su pesada y temible materialidad” (Foucault, 1971, p. 10). Esgrimida en la conferencia pronunciada al asumir su cátedra en el Collège de France, esta hipótesis constituiría -según el propio pensador explicitó contrariando a quienes sostienen que, a partir de los '70 se desentendió de su interés por los saberes- el lugar desde el cual desplegaría su trabajo.

Precisamente a los efectos de disponer de las herramientas necesarias para desplegar ese trabajo, en aquella alocución, empezó a esbozar los lineamientos del enfoque genealógico que, en aquel momento, le permitieron explicitar toda una serie de procedimientos de control externos e internos de los discursos. De entre todos esos procedimientos, en razón del asunto en cuestión aquí, importa reseñar aquellos que implican el ejercicio del poder de un discurso sobre otro como es el caso de la oposición verdadero/falso. Y aunque para quienes se emplazan al interior de un discurso puede parecer exagerado y hasta peligroso incluir esta oposición en un pie de igualdad con otros procedimientos de exclusión como la prohibición y la censura, lo cierto es que -como el propio de Foucault precisó- la mira de sus análisis “...se coloca en otra escala” (Foucault, 1971, p. 16). Respecto de esa “otra escala”, Foucault ya se había expedido en *La arqueología del saber* texto en el cual usó la categoría de “a priori histórico” para referirse al ámbito de las condiciones históricas de aparición y conformación de las prácticas que constituyó el foco de sus análisis. En otras palabras, en lugar de emplazar sus indagaciones al interior mismo de los discursos aceptando tácitamente la vigencia y legitimidad de la oposición verdadero/falso y, por ende, dando por buena su operatividad, nuestro

pensador dirigió su mira hacia las condiciones históricas político-epistemológicas (Cfr. Dalmau, 2024) que hicieron viable, en cada caso, la emergencia de ese par y sus atribuciones. Desde este emplazamiento advirtió que fue la filosofía la que trajo consigo esta ponderación cuando, en lugar de valorar al discurso por lo que hacía-como era de práctica en los ámbitos de la justicia, la profecía y la poesía-, empezó a considerarlo por lo que decía. De hecho, según la arqueo-genealogía que inició en la conferencia y desplegó en profundidad en sus *Lecciones sobre la voluntad de saber*, la filosofía le dio su primera forma a la voluntad de verdad cuando:

“entre Hesíodo y Platón se estableció una cierta división al separar el discurso verdadero y el discurso falso; división nueva puesto que a partir de allí el discurso verdadero no es más el discurso precioso y deseable, puesto que no es más el discurso ligado al ejercicio del poder” (Foucault, 1971, p. 17),

Y redobló su apuesta un poco después cuando Aristóteles al hacer de la verdad el único objetivo del deseo de conocer se las ingenió para excluir el saber transgresor de la tragedia, la sofística e incluso la reminiscencia platónica (Foucault, 2011, pp. 3-22 y 31-68).

En todo caso, con estos gestos, la filosofía introdujo en la historia una “voluntad de verdad” que, a partir de allí, bajo diversos formatos y apoyándose en distintos soportes institucionales no ha dejado de controlar la circulación de los discursos aunque para ello requiriera del apoyo de distintos soportes institucionales como la pedagogía, el sistema de libros, de la edición y de las bibliotecas, entre otros.

A lo largo de la década del '70 y en paralelo de sus análisis respecto de la interacción entre saberes y relaciones de poder (Foucault, 2015, pp.197-227; 2003, 233-265), Foucault retomó en más de una oportunidad la cuestión del poder de sujeción que comportan ciertos saberes. Entre ellas cabe destacar la primera clase del curso *'Hay que defender la sociedad'* en donde, expuso los efectos epistemológico-políticos de los saberes totalizantes y universalizantes. En efecto, en aquella clase, tomando decididamente partido por los abordajes críticos localmente circunscriptos, nuestro pensador dio cuentas del poder de enmascaramiento o lisa y llanamente del acallamiento que ejercen los saberes de presunto alcance universal sobre aquellos otros particulares menos elaborados y, por eso mismo, considerados

jerárquicamente inferiores. Según su exposición, mientras los primeros hacen gala de una supuesta científicidad, los segundos son expresión de contenidos históricos locales y particulares. En rigor, estos últimos además de particulares son partisanos, esto es, no son resultado de la unanimidad sino de la memoria de una de las facciones en pugna. A decir de Foucault, se trata de “saberes de gente”, esto es, “saberes populares” que albergan el recuerdo de esas luchas y sublevaciones necesariamente ignoradas por la historia oficial. De hecho, el carácter subversivo de aquellos estimula el empeño anonadante de los saberes científicos que no se avienen a darle voz a los conocimientos particulares por considerar que no solamente no ilustran sino que además pretenden exaltar las emociones. No son estos los únicos efectos producidos por esos saberes universales: según los dichos de Foucault en aquella clase (1997, pp. 3-20), a nivel político, producen un efecto de ralentización o demora de toda gesta subversiva local en pos del cumplimiento de premisas que prevén transformaciones viables sólo a escala histórico-mundial. De esta suerte, más que alentar revoluciones, estos saberes totalizantes, universalizantes y con pretensiones de científicidad propenden a favorecer el statu quo.

Foucault volvió a poner en consideración la cuestión de los universales en su curso sobre el *Nacimiento de la biopolítica*. Allí, tal como venía haciendo implícitamente desde sus textos más tempranos como *Historia de la locura...*, decidió expresamente prescindir de ellos para enfocarse en el análisis de las prácticas. No obstante, la elaboración de su perspectiva genealógica que, desde principios de los '70 contribuyó a complejizar el registro del enfoque arqueológico, le permitió medir con el rasero de las prácticas concretas las pretensiones teóricas. De ello ya había dado prueba, por ejemplo, su curso sobre *Teorías e Instituciones Penales* en donde decidió dejar de lado aquello que las teorías sostienen acerca del origen del derecho penal moderno para trazar su arqueo-genealogía a partir del estudio de los acontecimientos históricos que impulsaron su emergencia (Foucault, 2015, pp. 3-18). En el caso de *Nacimiento de la biopolítica*, se trataba de priorizar el análisis de la práctica gubernamental sin partir de nociones como soberanía, Estado, sociedad civil cuya interposición daría por sentado la preeminencia e incluso la ahistoricidad de instituciones cuya genealogía era menester trazar. Entre otras cosas, ello le permitió advertir que, más que una entidad con una esencia inmutable, el Estado “...es el correlato de una manera determinada de gobernar”

(Foucault, 2004b, p. 7) y, en ese sentido, adopta la forma que ésta le prescribe. Lo mismo puede sostenerse de la sociedad civil e incluso del mercado cuyas emergencias y anatomías dependen de la gubernamentalidad en vigencia en cada momento histórico.

Ahora bien, encaminándose a completar sus análisis sobre biopolítica, en el curso del 78-79, Foucault se percató de la necesidad de dar cuenta del marco de racionalidad política en que se inscribe este dispositivo. Ello lo obligó a destinar la totalidad de sus clases a dar cuenta de la emergencia del liberalismo y del neoliberalismo.

Precisamente en ese contexto, en la primera clase de *Nacimiento de la biopolítica*, al momento de dar cuenta de la conformación de esas formas de gobierno que dejaron de regirse por un principio de limitación externo como es el derecho para empezar a regularse a través de una limitación interna cuyo instrumento intelectual pasó a ser la economía política, nuestro pensador introdujo la noción de “régimen de verdad”. Inicialmente con esta categoría procuraba referirse al nuevo principio de valoración del gobierno cuyos actos pasaron de ser evaluados como justos e injustos a ser considerados en función de la verdad o falsedad de las prácticas que ponga en juego para cumplir sus objetivos sin gobernar ni poco ni en demasía. Así presentada la noción parece un tanto anodina e irrelevante: después de todo, cualquier tipo de gobierno cuenta con algún principio de ponderación de sus actos y no parece haber nada de malo en valorarlos en función de su verdad. Pero, a poco de andar, nuestro pensador completó sus reflexiones advirtiendo que, a través de esta ponderación, cualquier “régimen de verdad” expresa su potestad haciendo consistir “Lo que no existe como real, lo que no existe como dando cuenta de un régimen legítimo de verdad y falsedad...” (Foucault, 2004b, p. 22). En otras palabras, a su entender “...el acoplamiento serie de prácticas-régimen de verdad forma un dispositivo de saber-poder que marca efectivamente en lo real lo que no existe y lo somete legítimamente a la división de lo verdadero y lo falso” (2004b, p. 22). Según esto, un “régimen de verdad” hace mucho más que calificar los actos de un gobierno. En efecto, si tal como había señalado en *La arqueología del saber*, los discursos cuentan entre sus poderes con la potestad de delinear la realidad, cuanta más potencia ontológica les asiste cuando se convierten en un “régimen de verdad” capaz de hacer consistir lo inexistente. De allí la importancia que va a ir adquiriendo para nuestro pensador el proyecto de desplegar una “historia de la

verdad” entendida como una genealogía de los regímenes veridiccionales. “Hacer la historia de” en términos genealógicos, según puntualizó el propio Foucault, es hacer inteligible lo real mostrando cómo fue posible. Ahora bien, lejos de ser legitimadora o tributaria del régimen veridiccional en consideración, la historia genealógica foucaultiana es portadora de un tenor crítico consistente “...en determinar en qué condiciones y con qué efectos se ejerce una veridicción...” (Foucault, 2004b, p. 37). Precisamente en ello radica la importancia política de este abordaje que, además de desplazarse de la pretensión de establecer y distinguir lo verdadero y lo falso en sí, pone en foco las condiciones que han permitido la constitución de un determinado régimen de verdad y su conexión con una práctica gubernamental.

En síntesis, y aunque las consideraciones de nuestro pensador acerca del rol y el estatuto de la verdad al igual que sus precisiones sobre sus propias posiciones metodológicas se extendieron hasta sus últimos cursos y publicaciones cuya mira estuvo puesta en prácticas de la antigüedad, de lo aquí expuesto podemos argüir que, en lo esencial, una crítica política de los saberes consiste en desplegar un enfoque arqueo-genealógico con condición para explicitar la procedencia y vigencia histórica de los mismos, su interacción con las relaciones de poder e, igualmente importante, su potestad para ejercer un poder discriminatorio sobre otros saberes y, más perturbador aún para moldear y en el extremo hacer consistir la “realidad” a su arbitrio.

3. ¿Cómo llegó la economía política a erigirse en el régimen de veridicción predominante en la actualidad? Acerca de las condiciones históricas que propiciaron la emergencia de la racionalidad economicista.

En aquella conferencia inaugural dictada el 2 de diciembre de 1970, nuestro pensador puso en foco particularmente los procedimientos que ponen en práctica los propios discursos para ejercer un control sobre la producción y la circulación de otros que, precisamente en función del poder que comportan, representan un “peligro” mayor. Entre esos discursos “peligrosos” identificó, en aquel momento, al discurso de la sexualidad -en el que está en cuestión el deseo- y al de la política -en el que se pone en juego el poder (Foucault, 1971, p. 11).

De lo que son capaces de hacer los discursos cuando lo que está en cuestión es la sexualidad se ocupó Foucault primordialmente en el primer volumen de su *Historia de la sexualidad* en donde refirió el tortuoso mecanismo a través del cual mientras se denuncia la represión, la conminación al silencio y la afirmación de inexistencia que pesaría sobre esta dimensión de la experiencia, se insta a hablar de sexo hasta hacer proliferar los discursos e implantar así sexualidades polimorfas. Ocurre que, lejos de ignorarla o hacer con ella un ars erotica, la voluntad de saber occidental, se empeñó en codificar la sexualidad en una *scientia sexualis*. Se trata de una ciencia doble o triplemente tramposa puesto que, aunque su objetivo era impedir que se alcance algo así como la verdad, se las ingenió para hacer del sexo no solo una "...cuestión de sensación y de placer, de ley o de prohibición, sino también de verdad o falsedad..." (Foucault, 1976, p. 76). En otras palabras, en torno a la sexualidad, Occidente supo implementar una voluntad de verdad con potestad para exigir una manifestación permanente no sólo de los actos sino también de los pensamientos. Para ello, se sirvió fundamentalmente de la confesión tanto religiosa como terapéutica. A ambas, a través de diversos procedimientos (1976, p. 90), las dotó de un estatuto científico enmascarando así su pretensión de sujetar a los individuos a una revisión exhaustiva y permanente de sus intimidades más recónditas. Por esta vía: "...Occidente ha logrado no sólo, no tanto anexas el sexo a un campo de racionalidad [...], sino también hacernos pasar casi por entero —a nosotros, a nuestro cuerpo, a nuestra alma, a nuestra individualidad, a nuestra historia— bajo el signo de una lógica de la concupiscencia y del deseo" (Foucault, 1976, p. 103)-

Con todo, lo más taimado de esta *scientia* consistió en darle entidad al sexo que, al decir de Foucault, es "...el elemento más especulativo, más ideal, más interno también al dispositivo de sexualidad que el poder organiza en sus capturas de los cuerpos, de su materialidad, de sus fuerzas, de sus energías, de sus sensaciones, de sus placeres" (Foucault, 1976, p. 205) De allí que sea: "de la instancia del sexo que haya que liberarse si, por una inversión táctica de los diversos mecanismos de sexualidad, se quiere hacer valer contra [...] [todas esas capturas] los cuerpos, los placeres, los saberes, en su multiplicidad y su posibilidad de resistencia" (Foucault, 1976, p. 208).

Salta a la vista entonces que, en la batalla discursiva que los saberes libran en torno a la sexualidad, nuestra subjetividad está seriamente comprometida.

Para neutralizar los poderes que comportan los discursos que conciernen a la política, Occidente se ha servido al menos de dos recursos: la teoría jurídica y el discurso economicista potenciado este último por la aparente científicidad de la economía política.

En cuanto a la teoría jurídica, según consignó Foucault (Foucault, 1976, pp.107-120), desde la Edad Media, en las sociedades occidentales, se impuso una representación según la cual el poder político se ejercería bajo la forma del derecho (Foucault, 1976, p. 115). De acuerdo con dicha representación, hasta la constitución misma de ese poder obedecería a una operación contractual consistente en la cesión voluntaria y pacífica de la soberanía individual en pos de la creación del Estado. Y aunque no es este el formato en que efectivamente se ejerció ni se ejerce el poder, es "...el código según el cual se lo presenta y se prescribe que se lo piense" (Foucault, 1976, p. 116). Es más, por mucho que se intentó liberar la comprensión de la política de la impronta jurídica, la representación del poder permaneció fijada en ese sistema. La clave de esta perdurabilidad hay que buscarla en ciertas estrategias de los discursos juristicistas que se las han ingeniado para disimular y hasta acallar en sus coherencias funcionales a aquellos contenidos históricos que ponen en evidencia que ha sido la guerra la matriz de los Estados y que "...el derecho, la paz, las leyes y las instituciones nacieron en la sangre y el fango de las batallas" (Foucault, 1997, p. 43)

De esos contenidos venía dando cuenta el pensador francés desde que en su curso *Teorías e instituciones penales*, dejando de lado lo que las teorías sostienen acerca de la conformación del derecho penal moderno, explicitó las condiciones históricas que propiciaron su emergencia. Según esa indagación, el disparador de la emergencia del nuevo derecho no fue un debate erudito acerca de las insuficiencias de las leyes e instituciones feudales sino la represión a las sublevaciones populares acaecidas en el siglo XVII en varias ciudades francesas. De hecho, el sistema penal feudal no preveía esa conjunción de violencia ciega y ritual punitivo, de batalla y ocupación militar "bajo una etiqueta jurídica" que caracterizó el accionar del ejército enviado a sofocar la revuelta. De sus exposiciones en aquel curso, se infiere

entonces que la política no se ejerce a través de las prescripciones del derecho sino bajo la forma de una guerra civil entre facciones.

No obstante, sin escatimar recursos que abarcan tanto explicaciones consistentes como mitos de origen, el pensamiento jurídico empenó todos sus esfuerzos para cumplir varios objetivos, a saber: ocultar las efectivas relaciones de poder operantes en la sociedad, otorgar fundamento y legitimidad al poder soberano y a las instituciones que éste requiriera, garantizar de este modo la obligación legal de la obediencia e impugnar cualquier intento ya no de rebelión sino de simple cuestionamiento favoreciendo de este modo el statu quo.

Va de suyo entonces que, mientras prime la razón jurídica, la política queda reducida a un mero debate pro defensa de las debidas formas institucionales y nuestra subjetividad resulta compelida a obedecer.

Ahora bien, de las exposiciones de Foucault en sus cursos de 1977/78 y 1978/79 se infiere que, más recientemente, un discurso de otro registro vino a subordinar a su antojo al derecho y a menoscabar aún más a la política. En efecto, con la emergencia en el siglo XVII del mercantilismo al que caracterizó como "...una técnica y un cálculo de fortalecimiento del poder de los Estados en la competencia europea a través del comercio..." (Foucault, 2004a, p. 345), la economía política comenzó a marcarle el paso al resto de los saberes. Según la arqueo-genealogía trazada sobre el final de su curso sobre *Seguridad, territorio, población*, ello ocurrió cuando empezó a desplegarse una economía de mercado y, en consecuencia, se promovió el crecimiento poblacional, se intensificaron los intercambios y se activó la circulación monetaria. Coyuntura en la cual, según precisó el pensador francés, la existencia humana entró "...en el mundo abstracto y puramente representativo de la mercancía y el valor de cambio." (Foucault, 2004a, p. 346). Con estos términos, anticipaba que, a partir de allí, la vida de la población también quedaría inmersa en los límites del régimen de veridicción de la economía política. De hecho, a su ver, en aquel momento, "...el vivir y el más que vivir y el ser y el bienestar de los individuos llegan a tener, por primera vez en la historia de las sociedades occidentales, una pertinencia efectiva para la intervención del gobierno." (Foucault, 2004a, p. 346).

Con todo, inicialmente, la economía política no se desplegó por fuera ni en contra de la razón de Estado. Por el contrario, su principal objetivo era el enriquecimiento del Estado y si se pronunciaba no lo hacía planteando una objeción externa de carácter jurídico que recortara sus alcances sino ponderando los efectos de prácticas gubernamentales que, si querían ser exitosas, debían respetar y, para ello, conocer a ciencia cierta la naturaleza misma de los objetos que gobierna. En síntesis, en un primer momento, la inserción de la economía política en la gubernamentalidad según la razón de Estado trajo consigo la posibilidad de una limitación interna de las prácticas gubernamentales pero introduciendo ya la exigencia de atenerse a un conocimiento cuya verdad o falsedad la propia disciplina prescribió que debe buscarse en el mercado. En ese sentido,

(...) la economía política no debe su papel privilegiado al presunto hecho de dictar al gobierno un buen tipo de conducta. La economía política fue, hasta en su formulación teórica, algo importante en la medida [...] en qué indicó dónde el gobierno debía buscar el principio de verdad de su práctica gubernamental (Foucault, 2004b, p. 34).

Así las cosas, vía la predica de la economía política, el mercado se constituyó en el eslabón que vincula un régimen de verdad con una práctica gubernamental, función que no perdió cuando, por mor del neoliberalismo, dejó de ser ámbito de intercambio para convertirse en el de la competencia. Por lo demás, va de suyo que el gesto de la economía política no disminuye ni su potestad ni su responsabilidad en la configuración de su “régimen de verdad”. Por el contrario, ese gesto la instituye en instancia fundante y mandante de las atribuciones del mercado.

En rigor, como él mismo Foucault señaló, no fueron los mercantilistas sino los fisiócratas quienes a fines del siglo XVIII impulsaron un nuevo arte de gobernar que se hizo cargo del problema político preponderante en aquel momento: la emergencia de la vida de la población a la que puso en el centro de estrategias que ya no tuvieron como ejecutores ni a los juristas ni a los políticos sino a los economistas (Foucault, 2004a, 345). Fueron ellos quienes, se encargaron de generar en la opinión pública la convicción de que cuando el objeto del poder es la vida de la población de nada sirven las elucubraciones en torno a la soberanía o los análisis en procura de dotar de una determinada configuración al Estado.

Efectivamente, lejos de ordenar su pensamiento en torno a la razón de Estado, los fisiócratas se manifestaron como réprobos radicales de sus exigencias y se orientaron a diseñar su propia racionalidad. Según la exposición de nuestro pensador (Foucault, 2004a, pp. 341-370), en lo esencial, esa nueva racionalidad económica siguió caracterizándose por respetar la naturalidad de procesos como los inflacionarios y las relaciones entre los hombres que ya no fueron gestionadas por el Estado sino que comenzaron a desplegarse en el marco de la sociedad civil. También continuó promoviendo una suerte de racionalidad científica que dio lugar a un tipo de conocimiento específico del gobierno basado en la regla de la evidencia. De allí surgió “...una científicidad que va a reivindicar cada vez más su pureza teórica, que será la economía, y que al mismo tiempo reclamará el derecho a ser tomada en cuenta por un gobierno que deberá amoldar sus decisiones a ella.” (Foucault, 2004a, p. 359). También perseveró en la atención de los intereses y las necesidades de la población lo cual fue determinante para el surgimiento y expansión de disciplinas como la medicina social y la demografía. A ello añadió la restricción de la intervención del Estado en la regulación de los fenómenos naturales que, a partir de ese momento, fueron gestionados a través de la puesta en práctica de mecanismos de seguridad y la promoción y el respeto por libertades que concibió bajo el modelo de la libertad de comercio. Salta a la vista que, como bien puntualizó Foucault, este nuevo tipo de racionalidad en el arte de gobernar es lo que a grandes rasgos se identifica con el liberalismo, práctica gubernamental con cuyo advenimiento se inició la deliberación acerca de la frugalidad del gobierno.

Más contemporáneamente, con sus variantes, el neoliberalismo surgido en el siglo XX siguió ubicando en el tope del podio de los saberes a la economía política y, por ende, continuó promoviendo una racionalidad económica que, en situaciones extremas como las de la Alemania de posguerra fue la clave para propiciar la constitución del nuevo Estado. A este respecto, como recordó Foucault en el curso del 78-79, al momento de elaborar una estrategia para la reconstrucción del Estado se recurrió al ejercicio garantizado de la libertad económica. En pocas palabras, impedidos de reivindicar algún tipo de legitimidad jurídica, en 1948, el Consejo Científico encargado de la administración alemana de la zona angloamericana consideró pertinente recurrir al mecanismo de la liberación de los precios para fundar un nuevo Estado. De allí que, a partir de ese momento, se estableciera:

(...) un circuito que perpetuamente va de la institución económica al Estado; y si bien existe, claro, un circuito inverso que va del Estado a la institución económica, no debemos olvidar que el primer elemento de esa especie de propulsor se encuentra en la institución económica (Foucault, 2004b, p. 86).

Ahora bien, este marco de racionalidad económica venía instituyéndose en el siglo XX mucho antes de 1948 y, con ello, “el pensamiento de los economistas” venía ya desplazando las instituciones de la soberanía y del Estado. De hecho, mucho contribuyeron al denuesto de estas instituciones los profesores de economía política afines al neomarginalismo austriaco y los exiliados políticos que desde los años 20 -como consignó nuestro pensador- “... han jugado un rol considerable en la formación de la conciencia política del mundo contemporáneo...” (Foucault, 2004b, p. 78) promoviendo un antiestatismo radical.

En todo caso, instalada esa fobia, impulsado tal desplazamiento, promovido ese conocimiento de base matemática y supuesto rigor científico, ese pensamiento económico no tuvo dificultades en unirse lisa y llanamente en principio de limitación interna de la razón gubernamental. En efecto, ¿Cómo recusar un pensamiento que se funda en un saber sustentado en reglas de evidencia y en la exactitud de la matemática? Y, por extensión ¿Cómo no hacer del mercado, la institución más ponderada de este pensamiento, la instancia de veridicción por excelencia? Ciertamente, por esta vía, no resultó difícil para los partidarios del pensamiento económico atribuirle al mercado la autoridad no sólo de dictaminar acerca de la verdad de los precios sino también acerca de la conveniencia de inversiones en ámbitos habitualmente considerados ajenos a la ponderación económica como es el caso por ejemplo de las intervenciones en materia de salud y de educación. De esta suerte, en este contexto, para ser juzgada pertinente, la política debe limitarse a cumplir con las expectativas y a seguir la agenda que prescribe el mercado. En términos de Foucault, en vigencia de una gubernamentalidad de ratio economicista como fue el caso primero del liberalismo y luego del neoliberalismo, la política no es sino el juego de las diferentes artes de gobernar con sus diferentes ajustes y el debate que ellas suscitan (Foucault, 2004b, p. 316). Lo que en buen romance significa que en este régimen sólo hay lugar para los ajustes y las regulaciones demandadas por el propio mercado pero no hay margen alguno para soñar con revoluciones ni siquiera con grandes reformas.

Ahora bien, además de socavar a la política ¿qué otros efectos produce la economía política cuando se convierte en régimen de veridicción predominante y excluyente de una determinada gubernamentalidad?

En cierto sentido, la respuesta a esta pregunta ya fue anticipada renglones más arriba cuando, siguiendo las exposiciones de Foucault en aquellos cursos del 77-78 y del 78-79, señalamos que, instituida en forma de gobierno, la economía política puso en foco a la vida misma de la población. Inicialmente nuestro pensador ciñó la incidencia de esa gubernamentalidad a los procesos concernientes a la dimensión biológica de la vida de la población como el nacimiento, la enfermedad, la vejez y la muerte regulados a través de diversas disciplinas fuertemente incididas por el razonamiento economicista. La dimensión biográfica de la vida tampoco quedó exenta de esta incidencia. Para ponderar los alcances de ese régimen de veridicción sobre esta dimensión de nuestra subjetividad basta con advertir que el ordoliberalismo concibió un modelo de sociedad sometida -al igual que el mercado- a la dinámica de la competencia. En rigor, a decir de Foucault, “Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podría llamarse el poder informante de la sociedad.” (2004b, p. 154). En este contexto, los individuos son instados a concebirse como *homo oeconomicus*, esto es, como hombres de empresa y producción que se autoperciben como empresarios de sí y, en concomitancia con ello, entablan con sus congéneres relaciones de mera competencia. En otras palabras, para el ordoliberalismo, “...es necesario que la vida misma del individuo –incluida la relación, por ejemplo, con su propiedad privada, su familia, su pareja, la relación con sus seguros, su jubilación- lo convierta en una suerte de empresa permanente y múltiple.” (Foucault, 2004b, p. 247). No obstante, a los referentes del ordoliberalismo no les pasó desapercibido el carácter más disolvente que unificador de la competencia y previó la necesidad de contar con un Estado capaz de constituirse en un marco político y moral integrador. El neoliberalismo norteamericano, en cambio, no tuvo reparo alguno en su pretensión de transponer la forma económica del mercado a la totalidad del cuerpo social. De allí que el mercado se haya constituido en el principio de inteligibilidad y desciframiento de las relaciones sociales y los comportamientos individuales. A estos efectos, acuñó una categoría como la de “capital humano” a través de la cual se pretende incluso analizar relaciones tan ajenas a la incumbencia económica como la relación madre-

hijo. Ello implica que el afecto y los cuidados que le prodiga, el tiempo que le dedica, la educación que le trasmite pueden ser ponderados en términos de una inversión que producirá una renta. Ni la relación de pareja queda excluida de este tipo de ponderación. A fin de destacar este fenómeno, Foucault citó en una de sus clases del curso del 78-79 a Jean-Luc Migué quien en un artículo titulado “Metodología económica y economía no mercantil” sostuvo:

Se trata de hacer de la pareja una unidad de producción del mismo modo que la empresa clásica [...] En efecto, ¿qué es la pareja, si no el compromiso contractual de dos partes de suministrar *inputs* específicos y compartir en proporciones dadas los beneficios del *output* de los hogares? (Foucault, 2004b, p. 251).

De esta suerte, hasta los afectos más íntimos fueron siendo sometidos al escrutinio de la economía política.

Huelga decir que todo ello fue posible porque también los saberes sucumbieron a la injerencia del régimen de veridicción economicista. Como vimos, Foucault incluyó en sus diagnósticos del saber moderno a disciplinas como la biología y hasta la filología (1966, 2004a) y explicitó las herramientas metodológicas procedentes de este régimen entre las que se cuentan los instrumentos estadísticos, los cálculos de probabilidades, los análisis cuantitativos empleadas, por ejemplo, para atender situaciones de gran complejidad como las epidemias. Precisamente de esas herramientas surgen las categorías de caso, riesgo, peligro, crisis con las que se abordan estas situaciones. Del mismo campo disciplinar provienen las categorías y las estrategias con las que se discrimina y dispone el medio propicio para el asentamiento de la población y también se modula el deseo y se contabilizan los supuestos fenómenos azarosos hasta establecer su regularidad (Foucault 2004^a). Incluso antes de trazar su arqueo-genealogía de las gubernamentalidades liberal y neoliberal, Foucault ya había detectado esta incidencia sobre la medicina. A este respecto, en una conferencia de principios de la década del '70 señaló que desde el siglo XVIII la medicina y la salud fueron concebidas como un problema económico y se detuvo a puntualizar que en nuestros días “La salud convertida en un objeto de consumo [...] adquiere una importancia económica y se introduce en el mercado.” (Foucault, 1994, p. 54) Tampoco quedaron al margen del influjo de este régimen de veridicción las ciencias humanas que, según destacó nuestro

pensador, en la medida en que analizan al hombre como ser viviente, individuo que trabaja, sujeto hablante lo convierten en una figura de la población, es decir, en correlato de poder y objeto de saber (Foucault, 2004a, p. 81)

Así las cosas, frente a este avasallamiento de la economía por sobre todos los órdenes del saber, cabe preguntarse entonces cuáles son las herramientas teóricas para desbaratar el predominio de este régimen veridiccional.

4. ¿Con que características debería contar un enfoque capaz de poner en crisis el régimen de veridicción oficial? Acerca de las condiciones a cumplimentar por las contra-ciencias.

Como sabemos, Foucault utilizó la categoría de “contra-ciencias” en Las palabras y las cosas para referirse a aquellos saberes que, en lugar de ser tributarios del enfoque de las ciencias humanas que le asignan al hombre el doble rol de sujeto y objeto del saber, piensan a partir de aquello que puede contribuir a disolverlo. Ciertamente, en aquel momento, nuestro pensador consideraba que el psicoanálisis, la etnología y la lingüística –sin ser menos “rationales” u “objetivas” que aquellas disciplinas, “...las toman a contracorriente, las remiten a su base epistemológica y no cesan de ‘deshacer’ a ese hombre que, en las ciencias humanas, hace y rehace su positividad.” (Foucault, 1966, p. 391) Ello es posible porque estas contra-ciencias están atravesadas por “...un perpetuo principio de inquietud, de puesta en cuestión, de crítica y de impugnación de aquello que por otra parte pudo parecer ya adquirido.” (1966, p. 385) Según consignó nuestro pensador, si les asisten estas potestades es en virtud del objeto que se dan, de la posición que ocupan y de la función que ejercen en el espacio general de la episteme. En cuanto a la función, es evidente que las contra-ciencias no pueden ser sino críticas respecto del régimen veridiccional oficial. Para ello, más que posicionarse al interior mismo de este régimen, se emplazan al nivel o “en la escala” desde la cual es posible indagar las condiciones históricas que han hecho posible la conversión de los criterios particulares de verdad/falsedad de un saber –en este caso, la economía política– en un régimen irrecusable. Va de suyo entonces que su objeto no es tanto o no es primordialmente la economía política sino el a priori histórico que ha hecho posible que esta disciplina inscribiera en la realidad aquello que no existía como

fue el caso del mercado como lugar de veridicción o la sociedad civil como ámbito en el que se despliegan y gestionan las relaciones entre los individuos.

Más adelante en su trayectoria, en su curso ‘Hay que defender la sociedad’ y recurriendo entonces a la categoría de “anti-ciencia”, el pensador francés concibió su abordaje genealógico como una empresa destinada a generar efectos epistemológico-políticos pero de signo contrario al que generan los saberes con pretensiones universalistas que, como vimos, acallan a los saberes locales de alcance particular. En efecto, según puntualizó, ante este accionar de los saberes englobantes o totalizantes, sus genealogías pondrían su erudición al servicio de la de-sujeción de los saberes soterrados promoviendo así una suerte de insurrección de los saberes descalificados. En sus términos, sus genealogías se ocuparían de “...de hacer jugar a los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretendería filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero, en nombre de los derechos de una ciencia que sería detentada por algunos” (Foucault, 1997, p. 10) Según esto, consideradas como anti-ciencias, las genealogías no se conformarían con dar cuentas del a priori histórico que ha hecho posible un determinado régimen de veridicción sino que se propondrían librar un combate “...contra los efectos de poder propios de un discurso considerado como científico.” Contra esos efectos, las genealogías opondrían las voces de aquellos saberes populares que, invocando una memoria partisana, ponen en entredicho la verdad supuestamente unánime de las ciencias.

En este sentido y sin pretender girar en redondo, justo es reconocer que, en la medida en que dan cuenta de las condiciones históricas, políticas y epistemológicas y además luchan “...contra la coerción de un discurso teórico, unitario, formal y científico” (Foucault, 1997, p. 11) como la que ejerce la economía política que, a través de sus supuestos criterios universales e inobjetables intenta regir cada uno de los aspectos de nuestras vidas, las arqueo-genealogías llevadas a cabo por nuestro pensador se emplazan en la escala que les permite tomar como objeto de estudio el a priori histórico correspondiente y cumplir las funciones que él mismo les adjudicó a las contra-ciencias y a las anti-ciencias.

En efecto, incursas en el mismo dispositivo de saber/poder que ha entronizado a aquel saber y aun reconociendo que no se puede acceder al conocimiento completo

y definitivo de aquello que constituye nuestros límites históricos (Foucault, 1984d, p. 575), las arqueo-genealogías foucaultianas procuran relativizar los alcances de la economía política estableciendo el umbral de su reciente emergencia histórica e intentando promover su pronta desaparición a través de una crítica que, además de habilitar las voces de los saberes acallados, siembra la inquietud acerca de los efectos del régimen veridiccional economicistas sobre nuestras vidas.

En ese sentido, los hallazgos de estas arqueo-genealogías funcionan como “indicadores tácticos” que proporcionan a quienes quieren resistir y luchar “...algunos puntos clave, algunas líneas de fuerza, algunos cerrojos y algunos obstáculos” De allí que se las pondere no sólo por sus hallazgos teóricos sino también por su eficacia política.

Con todo y habida cuenta de que nuestro interés en este trabajo es intentar aportar instrumentos teóricos para tramar una estrategia de resistencia al embate actual del ultraneoliberalismo contra nuestros saberes, cabe preguntarse si, en nuestro medio hay enfoques del tenor de las contra-ciencias que puedan poner en tensión el primado del régimen veridiccional impuesto por la economía política.

Varios ejemplos concretos permiten responder afirmativamente a este interrogante. En efecto, en nuestro medio, desde hace varios años, una serie de investigadores vienen analizando los alcances, la vigencia y la pertinencia de las arqueo-genealogías foucaultianas de la racionalidad gubernamental de cuño economicista para dar cuenta de nuestro presente y, más importante aún, vienen sirviéndose de las herramientas del pensador francés para trazar su propio diagnóstico crítico de la actualidad.

Sin pretensiones de exhaustividad, me permito destacar entre ellos, en primer lugar, los trabajos de Marcelo Raffin quien, en uno de sus artículos más recientes, ha realizado una lectura en clave foucaultiana de la denominada “Conquista del Desierto” –campana militar llevada a cabo en Argentina durante el siglo XIX con el objetivo de expandir hacia el sur el territorio argentino-. Se trata de una indagación de carácter local que recurriendo a una historiografía específica pone en jaque las premisas y conclusiones de la historia oficial que le dio al acontecimiento carácter de gesta indispensable para el afianzamiento del Estado nacional sin explicitar que, a través de ella, se pretendió imponer “...un modelo

productivo y una propuesta de definición de la nación argentina que, pretende expulsar de su composición el componente aborigen y reemplazarlo, simultáneamente, por población blanca europea.” (Raffin, 2024, p.34). En sus análisis, Raffin se sirvió fundamentalmente de las indagaciones del pensador francés sobre la guerra de razas, la biopolítica y la gubernamentalidad en las que el pensador francés describió el modo en que, bajo la forma gobierno, la vida es modelada por el poder y dio cuenta de los desarrollos del racismo moderno. Al abordar desde esta perspectiva la campaña, Raffin logra poner sobre el tapete tanto el componente racista como el proyecto capitalista en el que se insertó la denominada “Conquista del Desierto” y, al mismo tiempo, deja constancia de la matriz belicosa en la que sus impulsores decidieron fundar la unidad y la expansión del Estado.

En otro artículo aún más reciente y con el objeto de advertir sobre las implicancias que se siguen de la creación por parte del gobierno ultra neoliberal de Argentina de un ministerio denominado de Capital Humano al que se subsumieron las carteras de Educación, Cultura, Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Desarrollo Social y Mujeres, Géneros y Diversidad, M. Raffin en colaboración con Iván Dalmau siguen un derrotero que incluye la puesta en valor de las decisiones metodológicas que fue tomando Foucault a lo largo de sus investigaciones y la ponderación de su crítica política de la economía política. Ello les permite advertir que, acuñada por Gary Becker, la teoría del capital humano es resultado de la interposición de la grilla de análisis económico para dar cuenta tanto de los fenómenos biológicos como la vida misma cuanto de los sociales como los que conciernen a la educación, la cultura, la salud, las relaciones familiares y afectivas. En el caso de la vida, la categoría de capital humano permite el deslinde entre elementos innatos y adquiridos y la posibilidad de calcular en términos costo-beneficio hasta el requerimiento de intervención más indispensable en cualquiera de los dos niveles. Concebido bajo el registro de esa misma categoría, el trabajo es considerado como una conducta económica encarnada por el trabajador que comporta en sí un capital, esto es: una aptitud o idoneidad, y una renta. Así las cosas, claramente se percibe que un Ministerio de Capital Humano no puede sino percibir a los trabajadores como un flujo de ingresos y al consumidor como un productor que invierte en la producción de su propia satisfacción. (Cfr. Raffin y Dalmau, 2025, p. 66) Huelga decir que ese Ministerio concibe a la Educación y a

la Cultura como un gasto que no le corresponde asumir al Estado sino a los propios individuos.

Iván Dalmau ya había abordado en extenso y en profundidad en un libro de su autoría (Dalmau, 2024) el análisis de la crítica política de los saberes respecto de lo humano tal como la despliega Foucault en ocasión de mostrar la imbricación entre la formación de las ciencias humanas y el surgimiento del liberalismo y del neoliberalismo entendidos en tanto racionalidades de gobierno. Entre otros méritos, el enfoque de Dalmau se destaca por llevar a cabo un exhaustivo análisis de las herramientas metodológicas y la perspectiva del pensador francés. Por esa vía, dejando atrás las lecturas etapistas de su obra, logra evidenciar cómo el tipo de problematización de los saberes respecto de lo humano desplegada por Foucault está en el centro de su diagnóstico de un presente todavía vigente en nuestros días. Tal centralidad conduce a Dalmau a plantear la necesidad de franquear el umbral epistemológico-político actual como requerimiento para poder “pensar de otra manera” y rehabilitar, entonces, “...la posibilidad de una soberanía económica, sin la cual la independencia política y la justicia social quedan entrapadas en la grilla de inteligibilidad forjada por la racionalidad (neo) liberal” (Dalmau, 2024, p.208)

Como parte de su análisis de la sociedad actual a la cual, asumiendo el diagnóstico del Papa Francisco, caracteriza como adherente a una cultura del descarte de todos aquellos cuya existencia no revista utilidad económica, Luis Blengino orienta su exposición a la explicitación de las líneas centrales del anarcocapitalismo. Su interés reside en mostrar cómo al exacerbar la teoría del capital humano, esta corriente del neoliberalismo actual se permite “...eliminar cualquier protección social e instaurar una condición ambiental en la que cada uno es exclusivo responsable de su destino.” (Blengino, 2025, p. 84). En ese sentido, como bien puntualiza Blengino, el anarcocapitalismo lleva a cabo una serie de operaciones que propenden a “...la formación de una población descartable y la administración de una población ya descartada, conformada por individuos agotados en su utilidad económica, pero aún vivos.” (ibid.) En contraposición a esta racionalidad económica generadora de una sociedad de la competencia, del egoísmo y de las diferencias narcisistas, Blengino toma partido por los postulados de Francisco quien preconizaba un gobierno en la verdad y una espiritualidad común capaz de promover : “(...) una sociedad fraternal regida por el principio de la amistad, la solidaridad y la convicción de que el trabajo y, por lo tanto, la creación de sus

condiciones de posibilidad es una obligación para los gobiernos porque es un bien en sí mismo para las personas” (Blengino, 2025 p. 88).

María Paula de Büren (2024, pp. 86-100), llevando a cabo una exhaustiva revisión de los procedimientos de control de configuración y circulación de los discursos identificados por Foucault, explicita las estrategias puestas en juego por las organizaciones y referentes del neoliberalismo para colonizar la enunciación científica, particularmente, la de la economía política. A este respecto, los análisis de de Büren muestran tanto la pertinencia del andamiaje categorial foucaultiano para llevar a cabo un análisis crítico y genealógico que permite advertir la procedencia y las artimañas de los procedimientos de enrarecimiento y naturalización de la discursividad neoliberal como la efectividad de los mecanismos de difusión y expansión que han convertido a ese entramado conceptual en principio de veridicción prácticamente incuestionable. De allí su planteo respecto de la necesidad de visibilizar los conocimientos y saberes sometidos y, más específicamente, de revisar los planes de estudios de las carreras ligadas a las pretendidas Ciencias Económicas a fin de incorporar los contenidos de esas escuelas de pensamiento silenciadas por el avance del neoliberalismo.

Finalmente, como parte de esta escueta reseña de investigaciones que, en vistas de su carácter crítico del régimen veridiccional economicista, pueden ser consideradas como contra-ciencias, cabe destacar el trabajo de Pablo Méndez (2024, pp. 101-112) cuyos análisis más recientes sostienen la necesidad de desplegar arqueo-genealogías locales que den cuenta tanto del desenvolvimiento nativo del neoliberalismo como de las corrientes del pensamiento nacional que le hicieron frente. En ese marco, Méndez emplazó la emergencia del neoliberalismo en la Argentina y, por ende, el creciente influjo del régimen veridiccional de la economía política, a fines de la década del '50 del siglo pasado en el contexto del derrocamiento y la posterior proscripción del peronismo, la amenaza de la Revolución Cubana en plena Guerra Fría, la implementación de la Alianza para el Progreso en América Latina y el intento de poner en práctica las ideas desarrollistas de intervención del Estado en la economía. Según los análisis de Méndez, la identidad de la variante local del neoliberalismo se nutrió de la tradición liberal-conservadora que vio la luz en Argentina en la segunda mitad del siglo XIX. De ella heredó las aspiraciones fundacionales que la han llevado a concebirse como el proyecto de un país post peronista. En el mismo escrito y en paralelo con esta

caracterización del neoliberalismo vernáculo, Méndez refiere las principales expresiones de un pensamiento nacional que precisamente por impulsar un proyecto en las antípodas del neoliberal ha quedado completamente acallado. A su entender, si queremos afinar la crítica del neoliberalismo, hay que rescatar del ostracismo a ese pensamiento nacional que no sólo es portador de la memoria de las luchas sino que alienta además el resurgimiento del discurso político con condición para sobreponerse al economicismo actual.

De lo expuesto se infiere que, para constituirse en contra-ciencia, ninguna investigación debe renunciar a la ilustración. De ello dan testimonio los trabajos reseñados aquí, todos los cuales son resultado de un estudio exhaustivo tanto de los textos de Foucault como de los referentes del neoliberalismo. A lo que renuncian es a la pretensión de ingenua neutralidad frente a las condiciones epistemológico-políticas de nuestra actualidad. De hecho, los que las convierte en contra-ciencias no es su ignorancia sino su erudición respecto del saber oficial al que abordan desde un enfoque y una actitud crítica. Como vimos, el enfoque crítico apunta a deslindar las condiciones de aparición y los efectos que produce el régimen veridiccional impuesto por el saber oficial pero, lejos de conformarse con esa erudición, las contra-ciencias requieren del sostenimiento de una actitud, es decir, de un posicionamiento ético a través del cual se encarna en subjetividades concretas una resistencia expresada en un coraje del decir y del modo de vivir. En otras palabras, así como el régimen veridiccional de la economía política es generadora de individuos competitivos, egoístas y narcisistas —como bien consigna L. Blengino en su artículo—, la práctica de las contra-ciencias es promotora de subjetividades concernidas por una efectiva transformación de las condiciones político-epistemológicas y, por ende, por su propia modulación ética.

5. Conclusión

Así las cosas, asumir a libro cerrado la defensa de los saberes establecidos no parece ser la mejor estrategia de resistencia. Tampoco resulta conducente abjurar neciamente de la ilustración. En efecto, no parece posible tramar una estrategia de resistencia al actual avasallamiento de nuestras disciplinas sin intentar primero trazar el diagnóstico y llevar a cabo una “crítica política” del régimen de veridicción

actual y, en paralelo, detectar las características con que debieran contar los saberes con condición para dismantlarlo.

Es evidente que un proyecto semejante no se inscribe en la morfología aristotélica del saber para la cual la verdad es el motor exclusivo y excluyente del deseo de conocer. De hecho, colocándonos en las antípodas de esa morfología, en este trabajo hemos recurrido a categorías como “voluntad de verdad” y “régimen de verdad” acuñadas por Michel Foucault precisamente para poner en consideración las potestades y los poderes de los saberes y la puja política que ello concita y nos hemos servido de algunas de sus arqueo-genealogías para trazar la procedencia del “régimen veridiccional” imperante actualmente. A este último respecto, en especial los cursos Seguridad, Territorio, Población y Nacimiento de la biopolítica nos han permitido discernir las condiciones históricas político-epistemológicas que han facultado que la economía política se convirtiera inicialmente en el principio de limitación interna de racionalidades gubernamentales como las que diseñan el liberalismo y el neoliberalismo y, posteriormente, por esa vía, llegara a imponerse como el régimen veridiccional que, además de incidir sobre todos los demás saberes, delinea los contornos de nuestra realidad y rige nuestra vida.

Recurrimos nuevamente a Foucault de quien tomamos sus precisiones acerca de las “contra ciencias” y las “anti-ciencias” para discernir las condiciones a cumplir por un enfoque capaz de poner en crisis este régimen de veridicción. Ahora bien, como acabamos de puntualizar, ni la adopción del formato contra-ciencia ni del de anti-ciencia implican renunciar a un ejercicio erudito de la razón. Por el contrario, ambos formatos requieren de una profusa erudición sólo que, en lugar de ponerla al servicio de la preservación del estatus quo como es el caso de los saberes oficiales, las contra-ciencias y las anti-ciencias aplican sus recursos teóricos a la puesta en práctica de una crítica tan demoledora como transformadora. En ese sentido, bajo cualquiera de los dos formatos, se aspira a contribuir a crear las condiciones para impulsar una política que, lejos de ser expresión de complacencia y postración, se manifieste como resistencia a la gubernamentalidad, como sublevación, como enfrentamiento (2004a, p. 409).

CRISTINA LÓPEZ.

«Aportes foucaultianos al diagnóstico y crítica de la razón ilustrada en tiempos de ultra neoliberalismo». HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 16 N° especial. Discursos y tecnologías de poder. Aportes foucaultianos al debate teórico-político contemporáneo. ISSN 0718-8382, septiembre 2025, pp. 37-66

Referencias

Aronskind, R. (2024). Empobreciendo por un sueño. *El cohete a la luna* (18 de febrero de 2024). Recuperado de: <https://www.elcohetealaluna.com/empobreciendo-por-un-sueno/>

Artières, Ph. y otros (ed), (2009) *Les mots et les choses de Michel Foucault. Regards critiques 1966-1968*. Presses Universitaires de Caen.

Blengino, L. “La teoría del capital humano como raíz de la cultura del descarte”. *Revista Ideas*, (21) pp. 78-88.

Dalmau, I. G. (2024) *Michel Foucault: entre epistemología y política. Reflexiones en torno a la arqueo-genealogía del saber que vertebró la analítica de la gubernamentalidad neoliberal*.

De Büren, M. P. Michel Foucault, algunos elementos de su analítica para el estudio del ascenso del arte de gobierno neoliberal. En Dalmau, Iván y Nogueira, Gonzalo (editores). *Pensar el presente en clave interdisciplinaria. Interpretaciones en torno a la crítica del neoliberalismo como racionalidad política* (pp. 86-100). UNSAM edita.

Foucault, M. (1972) *Histoire de la folie à l'âge classique*. Gallimard.

Foucault, M. (1993) *Naissance de la clinique*. Gallimard.

Foucault, M. (1966) *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Gallimard.

Foucault, M. (1969) *L'archéologie du savoir*. Gallimard.

Foucault, M. (1971) *L'ordre du discours*. Gallimard.

Foucault, M. (2011) *Leçons sur la volonté de savoir. Cours au Collège de France. 1970-1971*. Gallimard.

Foucault, M. (2015) *Théories et Institutions Pénales. Cours au Collège de France. 1971-1972*. Gallimard.

Foucault, M. (2003) *Le pouvoir psychiatrique. Cours au Collège de France. 1973-1974*. Gallimard.

Foucault, M. (1976) *Histoire de la sexualité Vol 1. La volonté de savoir*. Gallimard.

Foucault, M. (1994a) Préface. En *Dits et écrits Vol. I* (pp. 159-167). Gallimard.

CRISTINA LÓPEZ.

«Aportes foucaultianos al diagnóstico y crítica de la razón ilustrada en tiempos de ultra neoliberalismo».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 16 N° especial. Discursos y tecnologías de poder.

Aportes foucaultianos al debate teórico-político contemporáneo.

ISSN 0718-8382, septiembre 2025, pp. 37-66

Foucault, M. (1994b) *Croître et multiplier*. En *Dits et écrits, Vol. II* (pp. 99-104). Gallimard.

Foucault, M. (1994c) *Crise de la médecine ou crise de l'antimédecine*. En *Dits et écrits. Vol III*. Gallimard.

Foucault, M. (1997) *'Il faut défendre la société'*. *Cours au Collège de France 1976*. Gallimard.

Foucault, M. (2004a) *Sécurité, territoire, population*. *Cours au Collège de France 1977-1978*. Gallimard.

Foucault, M (2004b) *Naissance de la biopolitique*. *Cours au Collège de France 1978-1979*. Gallimard.

Méndez, P. M. Juguetes perdidos. Pensar al neoliberalismo en la Argentina con Foucault y más allá de Foucault. En Dalmau, Iván y Nogueira, Gonzalo (editores). *Pensar el presente en clave interdisciplinaria. Interpretaciones en torno a la crítica del neoliberalismo como racionalidad política* (pp. 101-112). UNSAM edita 2024.

Raffin, M. Crítica, historia y política: notas para una lectura en clave foucaultiana de la denominada "Conquista del Desierto de Argentina." *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 45 (131), pp. 21-53.

Raffin, M. y Dalmau, I. G. Una problematización de la teoría del capital humano en perspectiva gubernamental. *Revista Ideas*, (21), pp. 60-69.

Strada, J. y Lechter, H. (2024). "El inconstitucional déficit cero". *El cohete a la luna* (22 de septiembre 2024). Recuperado de: <https://www.elcohetéalaluna.com/primerola-deuda-despues-los-argentinos/>